





# *El viaje más corto*

ÓSCAR CASTRO GARCÍA



LETRA X LETRA

—CUENTO—

Castro García, Óscar, 1950-

El viaje más corto / Óscar Castro García. -- Medellín: Editorial EAFIT, 2017.

182 p.; 21 cm. -- (Letra x letra)

ISBN 978-958-720-439-1

1. Cuento colombiano. I. Tít. II. Serie.

C863 cd 23 ed.

C355

Universidad EAFIT- Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

## *El viaje más corto*

Primera edición: agosto de 2017

© Óscar Castro García

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No.7 Sur-50

Tel. 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

Correo electrónico: [fonedit@eafit.edu.co](mailto:fonedit@eafit.edu.co)

ISBN: 978-958-720-439-1

Editor: Felipe Restrepo David

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Imagen de carátula: *The Ferry*, 1921. Edmund Blair Leighton (1853-1922)

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional, mediante Resolución 1680 del 16 de marzo de 2010.

Editado en Medellín, Colombia

# Contenido

<i>El cuento de estos cuentos</i> .....	5
<i>ALLÁ</i>	
El viaje más corto .....	13
Perdidos en el Central Park.....	23
El graznido del cuervo .....	41
<i>ESCALA</i>	
Vibrante aterrizaje (de otra historia).....	55
La cabeza del felino .....	69
<i>AQUÍ</i>	
Vaivenes de un escritor .....	87
El cumpleaños de Gloria Nancy.....	113
Ahora .....	125
Un taxi en la montaña .....	139
Engracia de las hortensias .....	147
<i>ARRIBA</i>	
Vuelo a Madagascar.....	161



## *El cuento de estos cuentos*

Cuando escribo, muchas voces llegan como un aguacero en el silencio de mi estudio, donde solo se oye el golpeteo de mis dedos al hundir las teclas de esta computadora. Sé que algunos escriben dictándole al aparato que tienen enfrente mientras sus manos ejecutan diversas tareas. Algún día otros escribirán en pantallas virtuales los imaginados mundos que se cruzan en sus mentes mientras su vehículo autónomo los lleva a algún sitio o viajan en avión o duermen. Sueños que se convertirán en escritura y otros, de igual manera, leerán-verán en la mente obnubilada de sus imaginaciones.

Las voces traen las historias y estas adquieren permanencia en las palabras escritas. El intercambio de versiones y de expresiones intensifica la imaginación. No hay otra alternativa que escribir. La anécdota intrascendente salta a la memoria, la situación adquiere vida, los personajes actúan y hablan, el espacio se transforma, el tiempo empieza a contar, se tensionan las relaciones, se intensifican las emociones, aparecen circunstancias y personajes inesperados, explota el conflicto, la atmósfera se torna insoportable, los diálogos son dos fuerzas que se repelen, parece no haber solución, el conflicto ha llegado a su clímax, se hace irresistible el

enfrentamiento, las palabras ya no alcanzan a soportar la tensión, el narrador siente que tiene que terminar, el escritor se desespera, los personajes creen que están regresando al principio, tambalea el equilibrio porque el ritmo ya no puede crecer ni descender, el hilo de la historia está que se rompe y la comunicación quedará suspendida para siempre... El punto final irrumpe como el desenlace convertido en un diminuto círculo cerrado, casi imperceptible, aunque pueden ser tres o la coma o nada

Entonces aparece el lector como un ser hambriento y sediento de palabras, ávido de historias, ansioso de versos. No es un ser afortunado. A la deriva de lo que caiga o le pongan en sus manos, a veces busca en los anaqueles de librerías o bibliotecas, o navega en los inconmensurables universos que la red le brinda. Y algún día se encuentra con un libro que revela esa historia que culminó en forma abrupta, inesperada o insólita. Con su particular escepticismo y su pose de crítico literario, hojea, esculca las páginas, va al final y vuelve al título, lee el epígrafe, cae a la mitad, cierra el libro y contempla el paisaje de este parque desangelado lleno de hombres y mujeres que también a la deriva vagabundean, se sientan en las bancas cercanas y hablan, discuten, manotean, por segundos se escuchan claros parlamentos, vuelven a hablar al unísono, elevan sus voces o callan, mientras pasa el tiempo a su velocidad en las campanas de la catedral que marcan las seis de la tarde entre el vuelo de las palomas y el tedio de la vida que transcurre sin importancia. Deja de ojear porque ha decidido escuchar, a cómoda distancia, la algarabía, la alharaca, el escándalo, el alboroto... el silencio... una voz, un tono, una cadencia, un ritmo...



Un viejo de tabaco entre sus pocos dientes y de mirada socarrona, de pobre vestido y de pelos hirsutos, ha empezado a doblegar a la bulliciosa concurrencia. Ahora es silencio. La tarde va cayendo. La noche va llegando con su aire fresco que a veces trae diminutas partículas del agua de la fuente que ya se ilumina en el subir y caer de los surtidores. Se escuchan el borboteo del agua y los pasos de los transeúntes que regresan aburridos y cansados. Algunos se detienen ante este hombre insignificante y desabrido. Yo mismo me detengo. El lector también se ha levantado y se acerca a donde estoy. Dice conocerme. Dice que precisamente está leyendo un libro mío que encontró en la Biblioteca Pública. Siento un pálpito de narcisismo en mi pecho. Levanto la cabeza y aguzo los oídos para oír sus melifluas palabras. Estoy a la espera de que me diga todo lo que he deseado escuchar de los lectores de mis cuentos,

y el viejo empieza a hablar con los concurrentes, como contándoles una experiencia, un pedazo de su vida o una historia de oídas. No se sabe. La cuenta como suya. Hilvana las palabras y las situaciones con una maestría, inimaginable en él por su aspecto. Sostiene la atención de todos como si fuera un aedo, un juglar, un cantor. Nos miramos. Alguien intenta callarlo y ridiculizarlo, pero las voces antes bulliciosas se imponen sobre el impertinente. Ya se ha robado la audiencia. Ahora algunos se sientan en la rotonda que hace de proscenio o escenario público. Estamos fascinados en la más fea ágora de Medellín, en pleno parque de Bolívar.

Me quedo perplejo. El lector se fue antes de que lo interrogara sobre mi obra. Ya no me importan sus flores de lector a la deriva de la literatura y de la vida. Ni siquiera

me hizo falta ver su rostro ni saber su nombre ni descubrir qué obra mía estaba leyendo. Para qué leer allí en el recinto abierto de la ciudad entre la humareda de los cigarrillos y el vaho del sacol, con el fuerte olor a marihuana mezclada con el almizcle que llega no se sabe si de las aves o de quienes a mi lado ingieren aguardiente barato. La voz de este hombre me arrebató y me transporta a mi mesa de escribir. Sus historias salen tan fluidas y naturales. Los diálogos que imita con tonos, acentos y léxico tan particulares, me despiertan verdadera envidia. Las escenas que describe y representa como si fuera un narrador-actor consagrado, echan a la basura mis intentos de descripciones y de composición de lugares. La manera como engaña a los que escuchamos lelos su discurso, el giro que da a la historia para que su final no pueda descubrirse sino en su justo momento, la técnica para entrecruzar la historia y devolverse en el tiempo, el deslizar datos que parecen perderse en su catarata de palabras, y la astucia para que estos aparezcan en el momento crucial, hacen temblar mis labios de duda y de desánimo por mi escritura.

En este momento pienso que siquiera se fue mi lector desprevenido antes de escuchar la verdadera literatura viva y en directo, pues así leerá mis cuentos como una obra clásica de la literatura universal... El ritmo *in crescendo* que empuja a los oyentes a perderse en su laberinto con el deseo de que este no se desenrede nunca, me lleva a mis monótonas y poco efectivas parrafadas de confusión. La capacidad de este hombre de edad indefinida para meter a sus oyentes en la trama de vida simple y cotidiana, del barrio, de personajes como él, de lenguajes casi cifrados,

de términos de la calle de la casa de antaño de después de la gramática y de la Academia, me avergüenzan ante la imitación casi obscena que intento en mi escritura.

En fin, su relato me hace vivir su historia y experimentar sus situaciones como reales, creíbles y, paradójicamente, misteriosas o escabrosas. Sentir mío y extraño este parque semiabandonado y sucio, de poca elegancia y de muchos visitantes extranjeros en esta hora del día, que quizá vienen de sus desarrollados países para comprobar con sus ojos el abandono del centro de esta urbe orgullosa de reconocimientos y de bullaranga; para ver en directo a los vendedores ambulantes, a los vendedores de niños, a los vendedores de drogas, a los traficantes de la vida; y para no escuchar nunca a los cotidianos contadores de historias, porque no saben la lengua ni acostumbran escuchar historias de viejos ni jamás las leerán sin entenderlas.

Qué contar, entonces. Con qué lenguaje, tono y ritmo. Sobre qué hablar con los lectores. Cómo escribir. Dónde encontrar la veta de un cuento, el estilo, la estructura, la forma, la medida, la importancia, el sentido, la originalidad, la naturalidad, la fluidez y las palabras convenientes. De dónde sacar personajes, cuál es su apariencia, cómo su vestimenta y particularidad, su lenguaje, su rostro, su olor y su pensamiento. Qué ponerlos a hacer. Cómo crear los espacios y de qué manera inventar el tiempo. Cuánto dura la historia y cómo disponer la escena. Desde qué punto narrarla y con qué ardides y recursos entregarla, para que el oyente-lector no se aburra y se quede hasta el desenlace. Qué hacer para que esta simple historia cobre vida, adquiera una dimensión superior y penetre en la conciencia y en la sensibilidad del que la escuche-lea.

Estos dilemas y estas preguntas se me precipitaron mientras veía cómo, después de una hora de prestar oídos al viejo del tabaco, la gente lo aplaudía y él se reía suavemente mirando hacia las torres de la catedral donde daban las siete de la noche. Al instante, esas siete campanadas estallaron en haces de luz en mi cabeza, pues a pesar de que había quedado turulato por la historia y la manera como el hombre la contó, comprendí, al fin, que la virtud y el talento narrativos están en todos, viven latentes en todo lugar donde dos o más conversan y se cuentan historias, anécdotas, fantasías, sueños o realidades. Entendí que las palabras son como las orugas, que se enrollan ante el peligro y se abren luego para seguir su lento camino hasta convertirse en esbeltas mariposas. Aprendí que en las voces que el viento nos trae y luego se lleva, está el secreto de la literatura. Y concluí que solo falta alguien que se ponga a escribir las historias de los buses, los bares, las tertulias...

Falta un cuentista que descubra las claves de la escritura para que sus historias pervivan en el tiempo-espacio, y así lleguen a los lectores como se oyen los lejanos sonidos del abismo en el caracol que ponemos al oído, seguros de que en él se escucharán mensajes misteriosos y reveladores, pero incomunicables hasta que entremos en ese otro caracol de colores y de laberintos de la escritura, de donde no querremos salir nunca. Solo saldrán las palabras convertidas en historias, travestidas en cuentos o novelas –tal vez poemas–, y transformadas en mundos plenos de vida y tan reales que –sin remedio– serán solo palabras.

*Óscar Castro García*

Envigado, 19 de abril de 2017

*ALLÁ*



## El viaje más corto

La última vez ella empujaba un coche por los pasillos solitarios de la Universidad.

Faltan cuatro estaciones. Pueblitos, lagos, aves, barcos anclados a lo lejos. Entra el sol, cerca la espuma contra los acantilados y árboles amarillentos, rojizos, como llamadas de una fogata nocturna. No sé a qué voy, pero me esperan un pueblo desconocido y una amiga de antaño, casada, con tres hijos, pero no voy por ella ni por ellos sino por la otra, o porque a veces uno se convierte en mensajero de la muerte aunque hoy me siento mejor que ayer, sin depresión ni el inseparable dolor de rodilla pero el lumbago sigue ahí porque apenas ayer me di cuenta de que estoy envejeciendo. No pude escribir, me dediqué a hablar por teléfono con mis amigos y parientes de este país. Y estuve viendo el vacío que dejaron las dos torres que desafiaban el mar, la ciudad y el mundo, y en la acera un hombre pedía apoyo a su *homelessness*. Compré cosas innecesarias en una tienda de todo a dólar, y luego en otra de todo a diez, y también los pasajes para Westerly, aunque casi desisto después de perderme en el laberinto suburbano. Sentí mucho frío y un poco de soledad. También miedo cuando después de conversar con el poeta Aguasaco

sobre su depresión en Queens, quedé solo en las calles con Manhattan al fondo.

Llegaré media hora tarde.

Se acerca Connecticut donde me gustaría bajarme, o quedarme en este campo de golf tan verde y apacible, con lagos y arboledas amarillas y verdes y rojizas. Al lado de la carrilera los fierros herrumbrosos y abandonados, y la basura que ha dejado por años esta vía. Por algo vi varios cementerios también solitarios después de los pueblitos, como una compañía inevitable. Tal vez en su casa no haya basura ni la muerte dando vueltas ni soledad ni tanto frío como el que parece haber afuera pues todo de pronto se vuelve gris y unas nubes cruzan veloces junto con aves que deben ser gaviotas, y se ven fragatas volar muy alto y algunos peces que salen como queriendo volar igual que las aves que los intentan pescar. Las hojas vuelan y caen impelidas por el viento que produce el tren y hacen ver las bellas casas como si también volaran y cayeran. Es una imagen de cine en la que todos se ocultan y se meten en una pesadilla diurna que termina en noches ante grandes pantallas.

Ya que no volveré a Nueva York, guardaré memoria de unas cuantas imágenes del Washington Square Park como la de los dos que me ofrecieron cocaína colombiana con sus rosadas manos que contrastaban con el negro de todo su cuerpo, pero ya estamos en Connecticut, lo sé porque el que venía conmigo ha dejado sobre el asiento una bandeja de cartón con un vaso de plástico, el mezclador de madera, dos bolsas de azúcar vacías, cuatro servilletas arrugadas y sucias de rojo, un plato de papel, el protector del vaso, el empaque de celofán en que venía envuelta la hamburguesa,



bolsas semivacías de pimienta, sal, cátsup y mostaza, un gran pedazo de pan y la hoja de lechuga, la tapa del vaso, un tenedor y un cuchillo desechables. A lo lejos una pintoresca escena en la que una sola persona espera sentada al aire libre, en una estación vacía, verde, ella está arrebujada en una ruana de lana y su cabellera rubicana sobresale de la bufanda que la quiere ahorcar. Todos los demás van para Boston, un solo pasajero desciende con dos enormes maletas llenas de ropa, libros, encomiendas, dulces, cansancio, soledad e inquietudes, y totalmente desconcertado. ¿Qué hago aquí, en esta tarde de viernes de octubre regalando un broche metálico con la bandera de Colombia al cobrador del tren porque me ayuda a bajar la maleta más pesada?

Me insiste en que compre ya el pasaje de regreso porque van a cerrar la estación y mañana sábado no atienden. Con el boleto de regreso me veo de nuevo hacia el sur por toda la costa este, contemplando los mismos barcos, las mismas casas, las mismas gaviotas, los cementerios solitarios, el campo de golf donde me quise quedar, Mystic, New London, Old Saybrook, New Haven, Bridgeport y Stamford en Connecticut; New Rochelle y New York en New York; Newark y Trenton en New Jersey.

Llego con la ansiedad de verla de nuevo y conversar como antaño, contemplar su obra y conocer su familia. Pero mi mal inglés no me alcanza para comunicarme con sus tres hijos blancos, rubios, de ojos azules, idénticas la dos princesas, hermosos, ensimismados. Hay tres perros, un lago, un jardín sin flores, su esposo que me saluda y me da la bienvenida como se estila con cortesía distante y precisa, que marca límites de temeridad. Pero ella está triste,

y las niñas también, menos el muchacho que silencioso va a su habitación, no comprendo, algo sucede, se siente un aire de tristeza casi luto que se agrega a la soledad de este poblado, a la quietud del lago, a los árboles petrificados que forman un bosque sombrío, a una casa deshabitada al fondo de la carretera. Hay mucha ropa por lavar y huele a pastas. Mi cuarto queda en la buhardilla, las maletas están llenas de ropa y de libros, y solo quiero dormir hasta el domingo.

El frío y las ventiscas apenas me dejaron contemplar los huecos de las Torres y las velas encendidas, los mensajes en la reja, la gran cruz de hierro, las banderas y el silencio sepulcral en medio del tráfico del sector, los edificios ahumados y desocupados, todos en silencio como si temieran despertar a los cientos de cadáveres que yacen ocultos bajo los escombros. Wall Street, el comercio y el metro y los carros y el viaje cancelado a la estatua de la Libertad francesa. Allá estaba el puente de Brooklyn que en otro viaje recorreré. Con una bufanda y una chaqueta de verano tose y tose mientras contempla los rascacielos y se toma fotos solo. Toma muchas fotos a lo que le parece importante, pero ya todo está mejor fotografiado en las guías turísticas, en el Empire State donde cree que está en el lugar más alto del mundo, es Supermán que no puedo volar porque las altas rejillas no dejan que humano alguno se lance sobre las agujas de cemento y de metal, y caiga en la Quinta Avenida o llegue al Central Park y me hunda en el lago artificial y espante a los patos y a las ardillas.

Una tragedia aflige a la familia.

Ni tiempo tuve de recobrar los viejos tiempos, de sentarme a contemplar la naturaleza soleada de esta tarde, porque *Jackson* ha decidido morir, entre ella y yo lo subimos

a la camioneta pero ya no tenía fuerzas, se volvió a orinar, su mirada delataba tristeza y ganas de morir, vivió doce años, tierno, silencioso y nervioso, tenía artritis agravada por su estatura y su peso, y con sus patas abiertas cayó en el prado cuando intentó orinar fuera de la casa, sin moverse, mirando asustado como si hubiera cometido una falta porque acaba de dejar sus excrementos refregados en el tapete de la sala, todos tristes y yo mirando sin comprender recordando los perros que de niño y de joven me mordieron sin piedad y sin motivo, las veces que hube de correr en las montañas de Santo Domingo cuando iba tras la vaca de mi abuela y los perros salían a ladrarle y a mostrarme sus colmillos y yo con un palo a espantarlos, decía el defensor de los perros que es un crimen que pobres animalitos, y la vaca se carcajea porque a ella no la muerden pero sí la hacen ir por donde ellos quieren.

*Conga* salió enfurecida de debajo de la cama de doña Teresa mientras la visitaba con mi mamá hable que hable sobre el gato que le envenenaron y entonces la perra que era muy fea y de color como de la misma caca de *Jackson* me muerde en la rodilla mientras yo sentado en la silla, quieto, esperando que se acabe la visita porque los niños no podemos hablar ante los mayores, ni movernos ni jugar con los perros ni ir a orinar, pero *Conga* quería morder rodilla de niño porque yo tenía pantalones cortos que se usaban hasta los siete u ocho años, un miedo terrible a los perros, un verdadero desprecio por esos animales de Dios que andan por el mundo cada vez más apoderados como amos, ya tienen pontífice nacido en Colombia que anda predicando el Anticristo por el mundo y mostrando que duerme con una perra, y qué tal si *Conga* le muerde la

mano mientras él le sonríe y trata de masturbarla, pero ella no tiene compasión entonces el niño llora y la sangre brota y la mamá corre asustada y la señora Teresa no sabe qué hacer, Mariela que es enfermera trae unos antisépticos y le dan una pela a la perra y la echan para el solar de la casa sale ladrando y mirándome con ojos iracundos de profeta, lloro y maldigo la visita y al animal y odio a mi mamá que me llevó a que me mordiera esta perra cuando estaba tan bien solo arriba en el palo de mangos contemplando el cerro Quitasol y elevando una cometa imaginaria mientras pelaba un mango y me lo comía despacio, sin darles a mis dos hermanas que desde abajo me insultaban por egoísta y yo les tiraba manguitos pequeños y verdes, y ellas llamaban a mamá.

La vida de los perros debe ser muy buena, ya tienen sicólogos, médicos, clínicas, guarderías y tanatorios, no suena bien esta palabra de origen griego, pero hay toda una excelente atención para los animales en Westerly. A pesar de todo había que matarlo, mas no se utilizó esa palabra sino eutanasia, qué palabra tan bien fundamentada en el griego *eu* que significa bien o bueno y *th natos* que es la misma muerte como quien dice “muerte suave, sin sufrimiento físico” para el perro alano elegante y sublime que me hace sentir compungido, y miro tras los ventanales para conocer el pueblo, unas cuantas casas, todo verde, lleno de nadie, unos cuantos restaurantes, un viento suavemente frío bajo un sol esplendoroso en una mañana fúnebre.

Llora desconsoladamente, firma la orden por 373 dólares que ha costado la atención, más o menos el costo de mi viaje en avión Nueva York-Providence-Washington, la intervención y la inyección letal, pero no he sido capaz

de permanecer al lado de ella que me dice acompáñame en este momento tan doloroso, porque veo a *Conga* que era grande y al perro que me mordió la pierna cuando estaba comprando el mercado en la plaza de Bello con mi abuela, y al que me salió en el camino cuando arreaba la vaca de mi abuela Catalina que no tenía más que a la pobre *Pintada*, así la llamaba yo pero es posible que le hubieran puesto el nombre de *Mariposa* como se llaman todas las vacas únicas de la familia en mi viejo pueblo, y a todos los malditos perros callejeros que me perseguían si corría y que me hacían correr porque me perseguían.

Me queda imposible sentir dolor o desolación, ella llora desconsoladamente y la doctora de animales con vestido blanco y el estetoscopio colgado de la nuca la mira y la consuela, le acaricia la espalda y la abraza y le dice que vendrá otro, que hay un perrito que puede adoptar, pero ella más llora y le dice que como *Jackson* no hay igual, que además en casa queda la hembra llamada *Zita* que no tiene una pata delantera y otra perrita llamada *Ginger* que además está ciega de viejita, que no quiere más perros, yo miro a *Jackson* tirado sobre una gran bandeja, con las patas abiertas y el hocico medio abierto, los ojos cerrados, duerme eternamente.

Me contó su hermana que lo enterraron en el jardín de atrás de la casa frente al lago y le pusieron una lápida para eternizar su recuerdo con un epitafio en inglés que no pude memorizar porque soy muy malo para el inglés, el alemán y el ruso, quizá *Jackson* no entendió nada en inglés o en español porque su origen alemán no se lo permitió, o tal vez aprendió las lenguas de la desolación y del amor, porque sus primeros amos lo tiraron a la calle con su pareja

porque ya estaban viejos y no eran elegantes y espigados, causaban pena entre amigos y parientes, y demandaban más gastos y más cuidados, no eran tan cariñosos ni tan atentos ni tan elegantes porque a qué desfile canino se pueden llevar dos perrazos longevos y achacosos, con artritis el macho, dolores, derrengados y cabeciagachados, no, es hora de salir de estos animales y que los mate un carro en las autopistas de la muerte, que se mueran en cualquier rastrojo o en el lago o en las nieves de diciembre, que se los coman las aves carroñeras o que los recoja algún profeta en Rhode Island el estado más pequeño en un pueblito que casi no aparece ni en los mapas pero pasó ella en su camioneta y los recogió y todos en casa se encariñaron, el muchacho y las dos niñas hermosas que poco me hablan, tal vez porque soy un extraño, tal vez porque mis rubios cabellos de niño se convirtieron en unas mechas entrecanas y de un castaño oscuro, quizá porque no hablo inglés, o porque cuando les entregué las chokolatinas que les llevé de Medellín las agotaron en menos de un día, pero entiendo portugués despacio, italiano lento y francés leído, quizá parecía un tío indeseable de visita larga.

Debió escribir un epitafio de Lee Masters.

Es muy talentosa y le gusta leer y es muy bella además, con el pelo como me gusta, revolcado, lacio, rubio con muchas canas, desorganizado por el viento, como si hubiera caído espontáneamente sobre su cabeza, así mismo estaba con los ojos azules enrojecidos de lágrimas destellantes de una especie de dolor interior, de una tristeza solitaria que se contagió cuando llegamos a casa con la noticia de que allá había quedado *Jackson* para la cremación, y desde ese momento mi viaje a *Westerly* se convirtió en un

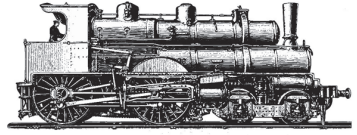
verdadero velorio, todos permanecían silenciosos y ella lloraba, *Matilde*, su periquita australiana le picoteaba la cara, acariciando a los otros perros, no obstante me invitó a almorzar a un restaurante peculiar de la región, pero comimos poco y sin carne, no se habló mayor cosa, esperaba contarle algo diferente de muertes de perros pero era imposible, veinte años de distancia, de incomunicación nos habían envejecido, quizá éramos como esos perros desahuciados de la vida y de la sociedad y hasta del amor, el tiempo nos había arrugado las manos y la nuca y la frente y encanecido los pelos rebeldes de la cabeza y nos había vuelto taciturnos, ensimismados, habladores de para adentro, mientras el perro se calcinaba en el horno y ella esperaba que se lo devolvieran pronto, y yo que le quería contar que a Antonio lo habían matado unos muchachos en el Parque Nacional de Bogotá, que Fabián había muerto de cáncer y que a Jorge también lo había matado un muchacho al que amaba, pero cómo decirle esto de sus amigos a ella tan compungida.

No encuentro de qué hablarle y olvido el verdadero motivo de mi viaje a ese lejano pueblo.

El domingo es tan soleado y frío como el sábado y el viernes. Muchas llamadas de Colombia, de Alemania, del país, de amigos y familiares, y la misma historia para cada uno con nuevas lágrimas, o las mismas, y la tristeza, los mocos, los pañuelos desechables que van llenando el cesto como de nieve, los niños mirando y yo sentado contemplando el bosquecillo y el lago sin aves con ardillas invadiendo todo, y la soledad de todo lo que se ve más allá de estos ventanales sin *Jackson*.

Un solo pasajero toma el tren en la solitaria estación de Westerly en Rhode Island y empieza el regreso, Philadelphia

en Pennsylvania; Willington en Delaware; Aberdeen, Baltimore de casas viejas al lado de la carrilera y New Carrollton en Maryland; y Washington D. C., capital del país y del Distrito Federal de Columbia, y ella esperándome, se asusta por mi cara fúnebre, preocupada por mi tos y mis ojeras, por el motivo de mi tristeza y de mis ojos destellantes de soledad, entonces entiendo a mi abuela Evangelina cuando me dice a los seis años niño cada día trae su afán, porque si compré el pasaje de regreso entonces a qué fui a Westerly, y dos días después pasé por Penn Station, debajo de Nueva York, y seguí de largo.



Recordé a *Jackson, Conga, Mariposa*, un coche que una bella mujer empuja por un pasillo solitario y un pueblo solitario en el que un perro convertido en cenizas espera su inhumación en una urna de plástico.

Lloré sin entender el motivo, la abracé, y nos tomamos una foto con Daniel.

Westerly, 25 de octubre del 2003

Medellín, 15 de agosto del 2008.